

Este conocimiento perfecto de lo que debemos creer Dios no lo exige sino de sus ministros, de los que han de continuar la misión docente de Jesús. Pero a cada uno exige que aprenda las verdades de la fe de conformidad con su posición social, con su ilustración. No dice bien tener cierta cultura y no entender el alcance y sentido al menos de las verdades fundamentales reveladas: Y como la Iglesia es la encargada de enseñar, dice a todos los fieles, para que todos aprendan según su condición aquellas palabras de los Proverbios: «No ceses, hijo mío, de oír mis enseñanzas para que no desconozcas las palabras de verdadera ciencia». Pero en vez de oír a la Iglesia se oye a la impiedad, y lejos de adquirir ciencia de las cosas del espíritu y de la fe, se destruye o se pone en duda la que se tenía.

Lo menos que en circunstancias ordinarias Dios exige de nosotros es que conozcamos el credo, el cual bien entendido hace agradabilísimo el espíritu de fe, nos enseña lo suficiente de lo fundamental de la revelación; por él nos descubre el plan general de Dios desde la creación hasta el juicio y nos alienta a la vida sobrenatural. Es el credo, dice San Agustín, «un compendio simple, corto y perfecto. Simple, porque se aviene a la capacidad intelectual de todos; corto, porque no fatiga la memoria con muchas sentencias; perfecto, porque instruye plenamente. Aunque todas las verdades reveladas no están expresamente indicadas en el *Credo*, todas lo están de una manera implícita, y, por la misericordia de Dios, nos basta la fe implícita de las verdades no contenidas en el Credo, las cuales, siendo muchísimas envolverían dificultad para los menos instruidos. Basta profesar estas verdades de una manera general, creyendo todo lo que la Iglesia cree y propone a la creencia a los fieles. No puede desecharse ninguna, pero no es necesario creer en particular sino las contenidas expresamente en el Credo o símbolo la fe, ¡ Ah, si aunque no se conocieran más verdades que éstas, se conociesen bien y se penetrase el espíritu de las mismas y acomodáramos a él nuestra conducta, no necesitaríamos otra cosa para ser cristianos perfectos.

Para convencernos de ello basta que consideremos que la fe católica no ha evolucionado, como suelen evolucionar las teorías humanas, acomodándose a las circunstancias de los tiempos, atemperándose al medio ambiente social, plegándose o desplegándose, según los estados del desenvolvimiento científico natural, o dejando dogmas para formar otros nuevos, o modificándolos para ponerse al unísono de los principios o de las corrientes sociales. Esto es muy propio de las obras, de las instituciones y de las teorías humanas, pero no de las doctrinas de Dios, como son las verdades reveladas, las cuales nacen perfectas, y si admiten desenvolvimiento delante de los hombres, es el natural y lógico que admite la semilla de la que nacerá frondosa planta o el principio científico que contiene en sí otras verdades, que la Iglesia deduce por su raciocinio ilustrado con las luces de este mismo desenvolvimiento religioso lógico y natural y seguido siempre por el Espíritu Santo.

Así, pues, nuestra fe no es acomodaticia, ella es regla de la verdad y de la moralidad y a ella debe acomodarse todo desenvolvimiento de cultura, como sus preceptos deben ser la pauta de las costumbres públicas y